

B I O T O N O S

EL DESEO DE SER MULTITUD

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para La Nación)

MADRID, febrero de 1923.



NO de los problemas ecuménicos del momento es el que entraña el deseo de ser multitud, de meterse en la multitud como suprema voluptuosidad.

El individuo se ha desapasionado de muchas cosas individualmente, pero esa "despasión" se ha convertido en apasionamiento que como "multitud" siente por otra serie de ellas.

Es un fenómeno extraño este de la contemplación colectiva de la vida, pues la actuación de esas nuevas multitudes es paíva aunque frenética.

Son multitudes vociferantes y aclamatorias o vociferantes y protestativas. Aplausos o amenazas, pero ninguna hazaña guerrera.

Hasta el fascismo es un caso de multitud imponente a la cual le basta imponer su tono elevando la mano derecha hacia los cielos. El presente que asiste a los actos de esas multitudes bañadas por el mismo mar, sabe a qué atenerse y juzga lo que ha de pasar con sólo ver a las multitudes innumerables, pues es, sobre todo, sabio en proporcionar lo que sucede viendo las gentes que se congregan en el puerto de cada acontecimiento.

El hombre actual está cansado o presiente el cansancio en que habría de incurrir al destacarse y tomar por su cuenta la incumbencia de responder a la curiosidad pública. Es demasiado el tener que elegir a cada momento la esquina porque volver en esta época en que hay tan grandes ventajitas en ser multitud, entre ellas la de no ser una fuerza en combate polidré, en discusión por todos los costados.

La multitud, el ser "multitud", produce antes profunda repugnancia, porque mezclarse a ella era como caer en una piscina de agua enlodada, en un Ganges corrompido.

Hoy la multitud es más aséptica y tiene tipo más decente, dotada de "trinchera" para todos sus cuerpos y de sombrero flexible para todas sus cabezas.

Tal atracción ejerce sobre el individuo el ser multitud, que llega a la aberración de que sea uno de sus mayores encantos el de formar en una de esas paradas que cincuenta mil personas contemplan los giros y zapatetas de unos pigmeos, cubriéndose con paraguas que relucen bajo la lluvia, completando una fosa inmensa, poniendo de luto los "estadiums".

El individuo que goza siendo multitud se llega a emocionarlo al día siguiente cuando ve la enorme y oleajeada muchedumbre de paraguas, eclipsando los rostros, pero superadores de la paciencia que como multitud imponente tuvieron todos, aguantando a pie firme el aguacero como templándose en heroicidad de multitud expectante.

Al sorprender este sentido tumefacto y envolvente de la multitud me he explicado la razón por la que va a ciertos espectáculos que no se justifican como tales y que para el corazón sincero son de una niequedad degradada.

Todo lo que empuja a esos seres que son débiles como seres originales, aunque sean fuertes como multitudines y de su tiempo, es lo que la expectación tiene de anchurosa y el ruedo de valle gigantesco y artificial. Cuanto más lanzado esté el cemento en el vuelo de los anfiteatros, más magnetismo sentirá el hombre "multitud" hacia el redil monumental.

Esa innumerable serie de hombres descartados como héroes son los más exigentes para los héroes y por eso esperan lo que haga el mejor de los dos seres o partidos que entrarán en liza en los medios del espectáculo.

Un ser que no sea multitud ni

grandes entierros de los que fueran sus concitadores toman un aspecto inusitado de grandes vías humanas y de anfiteatros de públicos superpuestos.

Hay un tono de todos que aunque lo crean extraordinario los que lo ostentan, tiene la perfección de lo hecho en serie sobre moldes en cobre de la multitud.

Se puede dudar si las gentes van a los grandes espectáculos a contemplarse como multitud o a ver los gusanillos que se mueven en la plazoleta del coso o en el escenario del Kursaal. En el fondo se trata de un deseo de anegarse en espesuras humanas, de jugar al azar de los encuentros, de codiciar con seres casi idénticos y de desimpresionarse de todo problema íntimo en esta valentía de "todos juntos".

No aspira a un largo flirté con la multitud femenina la multitud masculina, sino que sólo desea el roce momentáneo de la contemporaneidad junto a las cuñadas de los que van con sus esposas, un aleatorio impresionismo mientras dura el partido o el desfile.

Este ideal de la multitud como multitud pacífica, no estaba definido hasta hace muy poco, pero ahora se tragará iniciativas, disparidades, absorbiendo toda la malicia de los ingenios rebeldes y siendo infiel a todos los espectáculos.

El tipo original casi va a desaparecer. Grupos financieros de la originalidad -- creadores de "cine" -- son lo que lo acaparan y lo lanzan trucado, "estandarizado" y rutilante sobre rodaje de bolas. ¿Cómo competir? El que a veces lo intenta queda exangüe porque es demasiado el esfuerzo por más que ya tenga megáfono en vez de boca para gritar sus novedades.

Algunos jóvenes vociferan en vano:



Ramón Gómez de la Serna, por Vázquez-Díaz

y conglomeradamente automática al vitorear o al silbar?

Todo favorece a la multitud, la agasaja, la funde en el mismo gran depósito, la ofrece cauces de salida, merenderos con asientos para todos, comentarios a discreción, automóviles en interminable tren, motivos constantes de anularse, de globularse y de mezclarse.

De tal modo se goza la multitud en ser multitud, que hasta los

LA MUSICA EN PARIS

Por EMILE VUILLERMOZ

(Para La Nación)

PARIS, febrero de 1923



A crítica musical parisiense ha sufrido una sorpresa asaz violenta estos últimos días. Fué convocada en la Gaité Lyrique para escuchar una ópera de Mascagni, dirigida por el autor.

Se trataba de cierta obra titulada "Il piccolo Marat", episodio de nuestra Revolución que parecía convenir bastante bien con el temperamento un poco singular del último representante del verismo en Italia. Pietro Mascagni levantó la batuta y ocurrió inmediatamente el desencadenamiento de la más terrible tempestad sonora que haya estrenado nunca nuestro teatro musical.

Una compañía transalpina que dominaba un tenor del género estruendoso, aullaba a pulmón escuchado melodías vulgares y calurosas, mientras toda la orquesta ejecutaba con todos los brazos y todos los alientos, batiendo todos los "records" de la intensidad y del estrépito. Esperábamos, por cierto, encontrar en esta obra los defectos bien conocidos de la estética de "Cavalleria Rusticana", pero nunca hubiéramos podido suponer que en 1923, un músico podía mantenerse tan completamente extraño a toda la historia de su tiempo y sordo a todas las lecciones que le prodigaron los maestros de su época. No hablamos solamente del prosaísmo espantoso de la melodía trivial y fácil que constituye el fondo de la obra; ¿pero es posible que un hombre del oficio pueda cometer errores tan groseros, dando a su discurso lírico una grandilocuencia tan ridícula y una violencia tan absurda? Esta representación parecía hecha por apuesta. Fué un verdadero estupro en la sala. Hay particularmente cierto día de amor que parece escrito para un niño de locomotora o una arena de

trario, respetuosamente, la resistencia de las cuerdas vocales de nuestros vecinos y los timpanos de los auditores que pueden soportar sin marearse durante tres horas y media, un bombardeo tan furioso. Pero cuando esta forma de espectáculo franca la frontera, se hace para nosotros completamente incomprensible. Es sorprendente que los cambios intelectuales entre los pueblos dejen subsistir semejantes irredencibles musicales. El paso de Mascagni por París nos dejará un recuerdo del mismo orden que el de una violenta tempestad o el de un temblor de tierra.

Mucho más gracioso fué el espectáculo de los concursos de ginnástica armónica dados por Mme. Irène Popard. Sabido es que esta excelente alumna de Georges Dumeny, aplica con gran inteligencia y tacto a los métodos de educación física más innatacables, una disciplina de orden musical de perfecta forma y de feliz eficacia. El gran defecto de los profesores de ginnástica rítmica consiste, a mi juicio, en hacer uso excesivo de la técnica coreográfica. Conocemos demasiadas jóvenes del gran mundo y aficionadas, que se imaginan que basta quitarse las medias y endosarse una túnica griega para transformarse en bailarinas. No es necesario invocar a Terpsícore cada vez que se agitan con gracia los brazos o las piernas caminando a tiempo. Mme. Irène Popard sabe perfectamente que la educación física de una bailarina exige una inclinación mucho más larga y mucho más difícil. Se contenta con desarrollar armoniosamente el cuerpo de sus alumnas haciéndolas obedecer a las indicaciones melódicas y rítmicas que dan a estos ejercicios una armonía náu-

galvaniza al ritmo de la música.

El concurso a que asistimos comprendía pruebas completamente significativas. Dos trozos fueron interpretados por las alumnas: uno les habla sido impuesto, y el otro se dejaba a su elección, pero los dos debían ser interpretados plásticamente sin ayuda del profesor, por las concurrentes, que debían extraer de ellos todas las intenciones expresivas o plásticas.



El autor de "Il piccolo Marat", Pietro Mascagni. (Caricatura de Sirio)

torescas y todas las inflexiones musculares. Fué un espectáculo encantador el de esas traducciones corporales ora tímidas e ingenuas, ora ingeniosas y fuertes, ora enzimadas bruscamente por una chispa de genio y de belleza pura. Y nada es más digno de aliento que ese heroico impulso hacia la vida y esa tendencia renovada de los griegos, de no renunciar al arte por el deporte.

contrar su público habitual y su acostumbrado éxito. Sabido es que estos artistas, que tienen un sentido musical profundo y delicado, han creado realmente una fórmula personal de interpretación que les permite hacer legibles para los más ignorantes, las partituras más sutiles. Sus danzas tienen además otro mérito. Son no sólo traducciones plásticas y coreográficas extraordinariamente fieles de un texto musical, sino también una especie de síntesis de la atmósfera literaria y pictórica que rodea el asunto elegido. Así es como con una "Pavana", de Couperin, Alejandro Sakharoff ha encontrado el medio de resumir todo el siglo de Luis XIV, y cómo alrededor de "Canción Negra" Clotilde ha cristalizado todos los problemas planteados en la cabana del tic Tom. Con Debussy, con Bach, con Chopin y con Schumann realizan el mismo prodigio. Toda sus creaciones son síntesis sabias que dejan largas huellas en nuestra sensibilidad y van a conmovir las regiones más profundas de nuestra subconciencia.

Prisioneros de su gloria, los Sakharoff están consagrados a un extraño destino: se les piden con avidez creaciones nuevas, pero cualquiera que sea el mérito de las novedades que presentan, su público no puede admitir que superen sus antiguos éxitos. Un programa, sin embargo, no puede extenderse al infinito, y para hacer entrar números inéditos es preciso evidentemente sacrificar los antiguos. Eso no se opera sin dolor, y confieso que no hemos visto este año sin melancolía, desaparecer el "Petit berger", de Debussy, la "Vision du Quattrocento", de Frescobaldi, el "Cake-

el límite del profesionalismo y del mecanicismo. Cada invierno alquila una escena parisiense para hacernos escuchar obras líricas de calidad. Y cada vez llega a darnos la impresión de que nuestros grandes teatros líricos subvencionados no hacen todo su deber, y no nos dicen la verdad cuando nos afirman que buscan partituras interesantes en las carpetas de nues-

¡Acaba de aparecer!



Un libro sensacional impacientemente esperado.

El más completo y exacto balance de la transformación rusa vista a los doce años por la pluma expertísima del gran periodista ALVAREZ DEL VAYO.

Aprestare a adquirir un ejemplar antes de que se agote la primera edición.

DEL MISMO AUTOR